

# **EL CASTILLO.**

**AUTOR:**

**PABLO CESAR MENDEZ MIRANDA.**

## EL CASTILLO.

‘Reímos mucho más seguido de lo que hondamente nos estremece.’

Nietzsche.

Teniendo en frente la imponente vista del ruinoso castillo con sus cercenadas torres separadas a cada lado cual si el legendario cañón de los desaparecidos enemigos primero y luego el cincelado viento enfilara sus edades, divise bajo el gris día su fachada sólidamente construida con el corrosivo cemento en su base moteada al moho; pesados muros esparcidos en hiedra y hierba entre sus grietas, acanaladas trincheras y húmedas fisuras corroe los bordes. Sobre mi cabeza una bandada de cuervos bordea las dentelladas torres hechas para agrietar los cielos, circulares estandartes de cemento enmohecidos y picados a través de incontables estaciones; ligeras apelmazadas nubes en una muda danza a la deriva envuelven puños de granito acérrimos contra un fantasmal enemigo oculto en el viento. Reptantes sonidos se escabullen a mis pisadas mientras invisibles minutos se diluyen. Indagué con la vista entre las torres nidos de aves evidenciando desde su cúspide hasta la rampla su abandono. Así; una sepultura que nadie visita de marchitas y nacientes ofrendas la naturaleza arropa.

A lo largo del lugar y a excepción de la fosa que refleja la faz amurallada a la línea del bosque presenta un artificio bélico de carácter lacustre; en general la fortaleza, con la apariencia de no ser erigida para la defensa ostenta un aire residencial para una de las tantas familias del viejo continente que se hospedaron. A mi espalda en el espejo de los siglos mis pasos abandonan el castillo ingresando a este. En vista que el puente levadizo está asegurado a los grilletes desde la plazoleta –como índico su dueño– pude ingresar a lo largo de las puertas laterales de la torre conduciéndome por los túneles del ala derecha de Castillo. Nunca se me advirtió del cenagal particularmente en estaciones de lluvia funciona debidamente, este el único pasaje de entrada a la fortaleza por estos días demarcado por la gran antigua roca ubicada allí, rompecabezas para muchos inquirir como fue emplazada ahí tan colosal

forma y cual su fin. El césped nunca está seco bajo el gris cielo; las enlodadas huellas conducen a lo largo del intrincado laberinto opacos pasajes y celdas, extraño decir, se aclaran a la medida que descienes sin que el sol asome su faz, entre los murales internos irradia una laca fosforescente, falsamente disipa el corroído túnel instigando tus pasos. Repentinamente frente a mis ojos surgió la gran planicie verde del patio de banderas, ingresé en el blando césped y al mirar atrás me detuve algo confuso; había surcado otra planicie con distinto nivel sin enterarme. ¿Debería hallar el camino de vuelta? Después de muchos giros al final bajo la débil claridad de un arco surque la pradera alfombrada con rojizas hojas; me halle caminando sobre el suave terreno teniendo a la distancia sobre los soportes perpendiculares insignias de banderas por harapos de tela encadenados a las astas. Un gran buque abandonado por las aguas.

A mi derecha e izquierda, arcos y entradas hacía dependencias dispuestas con arquitectónico diseño; cuadrantes, soportes horizontales y linteles de una bóveda a otra delinean la sólida colmena; a pesar de los emblemas de la edificación, sobrepuja la imaginación estar al interior de la masiva estructura enteramente solo en un lugar susurrando albergar miembros de variados rangos y estirpe de variadas épocas; deambulando, corriendo, jugando, conspirando, espiando y porque no, asesinando. Aun cuando los castillos son individuales no pueden ser visto como individuos, pertenecen a muchas razas, filosofías, credos y capas de polvo intentan sepultarlos, hombres de estos días no saben apreciarlos ni podemos culparlos por ello; sería igual llamar a una señorita: ‘despiadada’ por no ofrendar flores a una tumba sin nombre.

Que gran ciudadela espera por mí en su interior colmenar de serpentinos y alargados pasadizos, cavan enmarañados túneles hacia los años cuarteados de anémicas memorias. Con el otoño bailando a mis pies inmerso en aquella enclaustrada soledad me pregunto: ‘¿Quién soy para el mundo?’ O ‘¿Que fue el para mí?’ Jamás llegará una respuesta sin el silencio. En tan amplios espacios con inquietud esperas ver en cualquier momento la aparición de un extraño visitante. Pronto los nervios y pensamientos adoptan los objetos vistos y su ostentosa pasividad de contrastes, una muda familiaridad estrecha la mano, aunque aquel indiferente voluntario aislamiento retiene la confianza

a cada paso. Me deje guiar por el instinto, no en busca de un norte o sur sino camino al ascenso.

Arribe al salón principal; me detuve dejando a un lado mi morral y debí observar el completo escenario: en su entrada hay tres largos escalones profundizados hacía un nuevo nivel del suelo, inclinándose hacía su interior aparece a la vista la chimenea con un adorno marmóreo hilvanado de figuras greco-romanas como la obra: ‘Vidas Paralelas’ del historiador Plutarco; aquí cada orador se une con el general de la época de una generación a otra y el ciclo de las edades –en sentido contrario– se revela el deceso del continuo personaje; bajo el sagaz trabajo yacen trozos de madera en cenizas, durmientes pasivos, y la misma ceniza me pareció añeja en su palidez, vertida fuera de la chimenea marca la huella de unas pisadas de quien tal vez baila un vals en círculos. Sobre la chimenea un callado péndulo de reloj yace estropeado como viejo verdugo de la hora a quien el tiempo fracturo. Rodea el espacio una amplia gama del amoblado carmesí, junto a la fogata y sobre un grueso tapete ornado de leyendas árabes con sus guerreros sangrando en la batalla hay trazos de una amarilla cinta, tal vez se debía a la sección de una contemporánea remodelación inconclusa del gran salón. En distintos puntos largos candelabros terminados en lanzaderas de trébol cubren la llama del viento, el negror de sus cenizas advierte fueron usados recientemente.

Todo encaja con el gran octágono esbozado por los muros de los cuales tres de ellos ostenta amplias cortinas de un rojo muerto en hondos pliegues propicias a la película: ‘Lo que el viento se llevó.’ Justo en diagonal a los candeleros derechos una sólida mesa desencaja al contexto de la antigüedad, está fuera de lugar de aquellos aprisionados días. Aunque no era aseado diariamente el interior del castillo mantenía un aspecto confortable. Imágenes y sagrados objetos, pinturas y estandartes de viejas culturas participan de un lejano eco; grandes ventanales de pesados cerrojos, un roto tapiz en la entrada habla de los difuntos recuerdos al presente pensamiento.

Finalizadas las escalinatas al segundo piso aprecié mucho mejor el salón que en semblanza de una gran mutilada reliquia revela destellos de su magnificencia; solo allí descubrí el gran candelabro en forma de estrella uncido al cielo en forma de cúpula, entre sus prodigiosos restos conserva

sólidos estiletes de cristales-telarañas sosteniendo quemados velones. También variadas pinturas, seis en total cuelgan en el muro bajo mis pies iluminadas piadosamente por el contrapuesto ventanal oval. En el momento no me interese por sus expresiones. De cara al muro la gran circular ventana que les realza observas el ancho de la pradera y sus árboles esparcir su cabellera, aquella lluviosa hojarasca envolvía la dirección del viento, caprichosa y fría invadiendo el interior de la fortaleza.

Me encamine hacía la torre, esta con gruesos bloques de granito forja amplios espacios hacia las escaleras, corredores y accesorios dan vía comúnmente entre el espesor de las paredes, así es que podrías decir es posible caminar entre los muros siguiendo pequeños senderos de extensa altura; únicas aberturas de los bajos niveles no expuestos al viento y alfombrados de hojas muertas; caminando en un perenne otoño los pies crujen a cada paso. A diferencia de las demás, estas dependencias están formadas por almacenes y arquerías; sobre la cornisa de una ventana tome la punta de una flecha con grabados de plata dispuesta a ser disparada hacia quienes traspasaran el cenagal, sin embargo el centro del bosque no daría entrada para un ataque directo a ningún batallón en estos días. Y luego pensé: ‘¿Algún monarca planto ese bosque?’ Cuantas formas de evadir a un enemigo.

‘Al anochecer, desde aquí Macbeth horrorizado divisa las tropas cubiertas entre las ramas de los arboles avanzar.’ Y entonces, prodigiosamente vería la voz de las brujas.

Descendiendo mi camino en dirección opuesta hallé la deshilachada cuerda en movimiento enlazada al campanario, nuncio de cada visitante. Castillo sin pendón, su rustico estandarte nido de cuervos; sus grietas silban al pastor la puesta de la brillante luna; pocos o ningún visitante, cualquiera sea la gloria en esta gótica arquitectura la historia la conserva, es un palacio de cristal para las horas; no había caído al peso de ninguna armada, no fue traicionado, ni del todo abandonado, su suerte está en manos de aquel que florece un día y se marchita al siguiente; adornado y rancio a la vez: el tiempo; si, el tiempo partero y sepulturero del mañana. Castillo de roca, emblema de una remota edad bajo las sombras del ayer y su virtuosa enseñanza dicta que todo lo que es se desvanece. Así, presentes ilusiones forjan nuevas tristemente hablando

al mañana, y un hombre no hace distinción al sonar las paladas si construye una casa o abre una tumba.

Decidí ubicarme en el primer cuarto del salón al corredor se halla; el orden y limpia disposición de sus artículos no encaja con los demás, y como si fuera un invitado por largo tiempo esperado hallé aquí el toque y el orden que una mano femenina otorga. Siendo ampliamente iluminado, espacioso y sin estar acostumbrado a divagar largas distancia mientras pinto, este será mi santuario.

Para la siguiente jornada después de pintar varias horas baje al salón y tome aire fresco, dispersar el pensamiento distraído del pincel, el día anterior note que subir y bajar la larga y curvilínea escalinata sería un ejercicio reconfortante.

Me internaba a las profundidades del castillo, deseoso tal vez de ser atraído por el encerrado hedor de los siglos descubrir un oculto hallazgo no visto por miles recorriendo el laberinto, si hallaras una tumba milenaria con miles de tesoros entre el polvo del rey. Me halle bajo la tenue claridad de un corredor con sus antorchas abandonadas y en los muros acuñada la hierba exhala una mustia humedad. En el centro un pequeño pozo divide el camino, me senté al borde del circular muro de ladrillos meciendo la cuerda del balde sujeta a una rustica campanilla, arroje unas monedas al fondo y su ruido no se percibió, no debería ser muy hondo por el hecho de tomar el agua desde allí, así es que imprudentemente me incliné de medio lado sobre el negro vacío intentando descifrar el leve clamor de las aguas corriendo hacia el lago o si inversamente el agua retornaba, debería lanzar una antorcha encendida para confirmar su dirección, pero el hedor del fango retrajo mi vista de allí.

‘Que importa, está allí.’

Los ladrillos cedieron y en mi inesperado caer alcance milagrosamente a sujetarme del borde. Con el vacío en mis entrañas consigo retornar a la superficie.

Tan pronto como estuve de vuelta en el salón descubrí que había algo fuera de lugar, sin saber que, camine en varias direcciones sin justificar mi incertidumbre; poco a poco el frontal muro se ilumino desde el alto ventanal clareando una de los marcos colgado en el muro; en la forma que enmarca el

alto ovalado cristal reaviva la silueta de una primorosa muchacha de quien yo aseguraría no estaba allí el día anterior. Se veía espléndida abrigada en una falsa desnudez etérea al tenue negror de su vestido deshaciéndose en la noche. Un medallón de madera se agita en su fino cuello, su rostro tenso en su despavorida carrera y una agobiante desesperación deslizándose al interior de un inexpugnable corredor. También note la nueva pintura no había crecido el moho y la pátina tan prolija en los viejos marcos, en este se acentúa un suave crisol de sombras en la penumbra con la huidiza silueta de la modelo. ‘¿De dónde surgió?’ Y deseando comparar esta pintura con su contraparte en el muro opuesto para mi sorpresa había un espacio vacío. Pero aún son seis. Habría jurado que un hombre de blanca y gorda apariencia estaba allí.

‘Señor, señor aquí tiene su almuerzo.’

Mirian, la chica encargada de traerme la comida y las cosas necesarias.

‘¿Pusiste esta pintura aquí?’

Le inquirí señalando la modelo sin ser descortés.

‘No señor, esos oficios técnicos del castillo le corresponden a Manolo no a mí,’ descuidadamente contrasta su pretenciosa indiferencia de sonoros ojos negros a devorar la luz con la certeza de sus vivencias. Luego señalo con su cabellera cayendo sobre su faz al inclinar la bandeja. ‘El señor no creará lo que se refiere de este castillo.’

‘Estoy seguro que hay un cuadro nuevo y otro desaparecido.’

‘Tómelo con calma;’ añadió directamente hallándome ansioso. ‘Seguro ha de ser Manolo, como al fin tenemos nuevo invitado debe ordenar el lugar a su gusto.’

Mirian dejó el almuerzo a un lado de la escalera, aunque habría sido inapropiado para alguna gente poner la comida en el piso ella realiza sus movimientos con naturalidad preguntándome mientras observa el nuevo retrato.

‘¿Desea algo más el señor?’

‘Está bien, a las nueve le espero.’

‘No; es inconveniente salir del castillo al anochecer, ¿puedo dejarle la comida antes de las nueve?’

‘Decías no temerle a fantasmas.’

‘Violadores y rateros del camino no son fantasmas.’

Certeza de una mujer a la defensiva.

‘¿A cuál de los tres le temes menos?’ Sonreí abiertamente esperando una respuesta. Me odio por el comentario, no había gracia en este intentando contagiarla con mi sonrisa. ‘Bien Mirian, dime; ¿quién es mi nueva compañera?’

Levemente torna sus ojos sobre mi cabeza hacia la pintura.

‘Creo que es la señorita.... bien, no nos concierne más.’

‘¿Porque?’

‘Nunca me gusto la historia que de ella conto mi abuela,’ bajo su vista hacía mi con insinuación de recordarle a un alma su compromiso con Dios. ‘Ah, en la gloria del señor su alma este; no sé si fue cierto lo dicho, no hay cosa bella que recordar en su persona.’

‘Así lo estimas.’

‘Estaba muy enferma.’ Posa sus ojos sobre la pintura. ‘Se descarrilo yo creo.’ Sobre su folclórico vestido en blanco y negro sin evitar el recato del servicio sus oscuros ojos susurran delictivos sueños a la insolencia de su juventud.

‘Con eso poco o nada me dices.’

‘Trivialidades; nadie la recuerda, le contaría un cuento roto que yo no me creo.’ Turbo su cabeza hacía el lugar donde duermo y con ceño fruncido añadió. ‘En cuanto a la espada en su cuarto es un valioso objeto, en cambio le puedo decir que le pasará si desaparece.’ Se dio la vuelta y se marchó bajando las escaleras y a modo de eco se le escucho. ‘Antes del anochecer.’ Y el anochecer se hizo sin escuchar su presencia llegar o partir. La nueva vajilla con la cena sobre una pequeña mesa colocada a propósito bajo la pintura.

Encantado e intranquilo estuve en frente de la obra; sin tomar mi comida la observe por horas elucidando el misterio y el magnetismo diabólico de la bella muchacha agujoneo mi imaginación, así que conjeturé; la tentación puesta en labios de esa joven seduciría a Cristo. Envuelto su cuerpo en un vestido de negra seda transparente su piel, al correr bajo lluviosos corredores sus oscuros y fulgidos cabellos enmarañados a sus hombros, dorados hilos fundidos a su frente y cenizada mejilla caen a la cintura; el húmedo arroyo irradia su

estremecida figura. Un mar rutila los tórridos pensamientos en sus ojos, y la afilada mirada asidua al semblante su lucha interior baña la rojiza llama de una antorcha no a la vista. Y no en verdad traumática o dolida; inquisitivo como es su rostro ve hondo a la vida y la nunca lejana muerte. Los sensitivos tonos y la extrema palidez de su piel seducen la tormenta, su pesadilla ahogándose en su frenética carrera.

‘Si, –alce la vista– ‘¿de que huye entre los túneles?’

La actitud o naturalidad de un ser humano guarda eco en los demás, un espejo contemplando su igual es el hombre frente a otro, formado por su destino vivido, esperanzas, frustraciones y penas; el sentimiento humano es cristal, está ahí; en el rostro imperativo o afable, en la mirada ladina o tímida, soez o traicionera. La misma belleza posee tantas caras, y tantas el odio, y el ambiguo brillo en los ojos despierta en ti sueños clandestinos.

A la jornada siguiente cayendo la tarde igual que la anterior tan sugestiva como la siguiente trabajaba en mi cuarto cuando escuché los pasos de partida de Mirian; al momento fui a su encuentro y le pedí el favor me hablara de la enigmática pintura.

‘Háblame sobre ella.’

Mirando atrás sin detenerse me dijo.

‘Nadie lo sabe.’

‘Su comprador al menos.’

‘¿Que?’ Volteando al instante su cabeza hacía mí. ‘Es usted uno de esos perversos en su desesperanzado aislamiento obtiene pinturas y mascotas para amar.’

Su tono de voz armoniza sus amplios ojos pardos, sus cortos rizos negros negligentemente en su frente desprendiendo el perfil de una doncella Catalana dispuesta a ofrecer batalla. Y aun así, no podía asegurar si intenta burlarse con falsos aires de abolengo. Tímidamente intente con mi mano palmotear su hombro.

‘Mira. Tu sabes lo que mi trabajo significa, dame una clave para hallar su autor, descubrir el secreto de su mirada.’

Me miro como si balbuceara una lengua extranjera.

‘Créame señor,’ apartando mi mano de su hombro, ‘yo sé cómo un hombre mira a una mujer y usted desnuda a la señorita Liz. Si estuviese viva habría deseado conocerlo ciego. Y nunca intente mirarme así. Así es, en esa forma,’ imponiendo su escrutinadora mirada, y no sé cómo miran mis ojos, ‘o lo dejo morir de hambre aquí.’

Finalizo la sentencia con una mueca que no pude precisar si fue una sonrisa empañada por su santurróna increpación o una santurróna insolencia hecha sonrisa. Se marchaba y volví al centro del salón exclamando:

‘Hay alguien quien nunca me daría la espalda, en verdad sabes dónde encierro la magia.’

‘Lo sabía, perverso.’ A mi espalda regresando por los cubiertos. ‘No me espere mañana sino encuentro compañía.’

Con su altivez es difícil pensar le tema a un desconocido con aires de pintor. Escale hacía mi cuarto dejando hacer y pensar a la doncella lo que deseara hasta que las tempraneras sombras de la nublada estación envolvieron la lluvia. Flagelante lluvia, relámpagos y truenos caían en diferentes, imposible determinar cuál elemento sucedía al otro, aunque la tormenta no fue lo único desconcertante. Al interior de la pesada oscuridad favoreciendo el resplandor del relámpago escuché rápidas pisadas extendidas entre la lluvia, a lo largo del corredor percibí un pasajero galope seguido por uno más acentuado del anterior; con inquietud fui hasta la puerta. Lentamente abrí para atisbar al corredor: nada; nada pude observar salvo sombras rotas al clamor de los truenos. Cerré la puerta y tan pronto como di el primer paso de vuelta a la cama el mismo escalador ruido en una esquina del corredor avanza hasta el opuesto extremo, claramente perceptible junto a la puerta expirando en la esquina.

‘Ladrones, eso es.’

Me acerque al guardarropas para ocultarme de mis enemigos, tomé una gran caja del suelo donde las únicas armas que vi fueron libros de cocina, levanté la caja para dejarla sobre el guardarropas y estaba pensando en tomar un candelabro y justo allí, junto al muro divise el brillo de una vieja espada; al tomar su bárbara empuñadura se dificulta esgrimir propiamente su filo, al fin armado decidí abandonar el cuarto: heladas corrientes de viento mordían mi

piel y agrestes silbidos me hacía ver a los lados, por momentos las grietas escasamente visibles en los muros arañan la oscuridad; forcejee por alcanzar la despensa de la cocina dispuesto a encarar los intrusos, conociendo la única entrada de cara al salón los esperé en el umbral que va hacía las bóvedas, de repente sobre mi cabeza escuche en rápida carrera los desconocidos pasos, surgiendo en el lustre de un relámpago creí ver el pliegue de un vestido. En vano esperé por otra carrera allí. Presa de la impaciencia regresé al cuarto; arribando me alarmo ver la puerta abierta pues no pude precisar si la cerré cuando partí. Aferrando con fuerza el arma paso a paso ingrese al cuarto. Las sábanas y las cortinas violetas vuelan alrededor de los muros y los marcos de las ventanas azotan la pared, no sin poco esfuerzo las dejé en su lugar con el viento aullando en el bosque sobre el ramaje de los árboles, es luchar con una bestia de varias cabezas intentando ingresar, al fin aseguré las cadenas. Al momento me volví a cerrar la puerta, con furor a mi espalda los cerrojos volaron y rotos cristales alcanzaron un lado de mi rostro, las cortinas tronaban en el aire, paralizado permanecí dudando si el viento era el autor de tal golpe, un helado suspiro del suceso me baña como la mano se posa en el cadáver. El arma se deslizo de mi mano sin escuchar el toque de su caída y al darme la vuelta... Sombras me envolvían y la espada no sé donde cayó; alienado cerré la puerta y con algunas frazadas cerré y aseguré las ventanas. En mi nueva cama la fría experiencia resta en mi luchando por serenarme, forcé la razón sobrepujar la imaginación, mis pesados parpados negaron el clamor de la noche cuando un sonoro y repentino golpe en la puerta me hizo saltar en la cama, después ligeros pasos bajaban la escalera. Armado solo con libros de cocina, en medio de los ciegos pasadizos la prudencia me aconsejo no levantarme hasta el amanecer; despierto me sorprendieron los primeros rayos de sol.

Con lucubraciones agolpadas en mi cabeza, cansado y sin dormir caminé hacía la puerta observando incrédulo sobresalir el filo de la espada. Mi fija mirada ahuyento cualquier duda; del otro lado yace la empuñadura del arma incrustada en la madera, circundando su filo una pintura con la frente de su personaje atravesada. Con no poco esfuerzo separé el arma, la coloqué en la

cama y guardé el despojado cuadro al sótano. Era el amplio rostro de un joven de brazos saturados con finas manos.

Otra pintura se perdió, las demás están en su lugar. Me preguntaba como el asaltante pudo encumbrarse a esas alturas tomar una preseña y desaparecer sin dejar rastro, pero agradecí que mi asaltante no se había enamorado de Liz, de su honda transparencia azul huyendo a la oscuridad.

Aparecía Mirian, dejaba la comida y se iba sin anunciar palabra. No parecía notar la reciente desaparición, decidí ignorarla también.

Prendí la fogata de la chimenea y la hoguera reavivó el aire con perezosa calidez del bermellón que encierra una caverna. Tomados uno de esos largos candelabros del milenario fuego volví a mi cuarto. Deseando estar alerta ante otro plagio baje para leer largas horas, y antes de regresar lance una mirada a la pintura; se hizo imposible para mí pasar por allí sin verla. Al oscilante resplandor de los candelabros sus rasgos y la rojiza llama del túnel se avivan, mecen al viento los oscuros pliegues de su atuendo, ilusoriamente altera la expresión de su faz, entreabiertos labios silenciosas suplicas musitan, invitan delicadamente apartar los rizos humedecidos en su ancha frente, desnudar la pasional tormenta de sus azulinos ojos, no dirías teme al aliento de la oscuridad abrigándola, es a quien la observa. O ¿se ve a sí misma con horror? Dios; ¿es de ella quien huye?

El pintor estuvo en capacidad de cautivar la manifestación de su ser, quienes enrojecieron a esta muchacha camino a su feminidad percibida a los tintes entre luces. Y por cuanto o por quien cayó al abismo. Puñados de brisa abanicán y tiembla su efigie en su inestable marco.

La noche trascurrió normalmente, veladamente el intenso frío del huido otoño se percibe a bocanadas. No preciso la hora; en la zozobra de una cárcel todas son iguales; a mi nariz llegó el olor del humo. Despierto, las aguas que piso son rizos de la negra niebla, y no es necesario ir muy lejos para entender la situación.

Asomándome sobre el pretil del corredor, noté la luz de los candelabros y fogata extinguida, en su lugar un pequeño fuego sobre el tapiz ilumina el medio del salón; sorprendido por unos segundos permanecí. Sin pensarlo más corrí al fondo de las catatumbas directo al pozo mientras hacía desesperantes

esfuerzos por elevar un cubo de agua, entonces largas y rotas palabras escuché en el eco de los túneles:

‘Mis enemigos lloran... y cada lagrima... lloran por las faltas que el espíritu no redime... yo...a... un escu...’

Camino al salón mis pasos vibran la extraña melodía. Consumí el clamor del fuego, pero una mano rota desde la muñeca con un blanquecino tinte cayó del cubo, escarchada con pequeños círculos marrones de hongos, largos petrificados dedos entre el agua y el fuego, aparentemente un libro de cocina ardía allí y en la mañana recogiendo los carbonizados restos testifiqué junto a la mutilada mano otro cuadro condenado.

Desde un adarve arroje esa mano hacia el césped de marchitas hojas. Ordené y limpié antes que Mirian llegara, quien de nuevo deja la comida y se marcha sin decir palabra. No pensé ser tan susceptible una mujer de bucólicas regiones, aquellas que Becquer canta en sus leyendas, sonrientes y coquetas entre cristalinos arroyos regando la colina, si me hubiese tomado algunas libertades con su genio pude haber sido más que cacheteado. Trocó su habitual vestido por algo más florido, probablemente la villa celebra algo, algunas fechas son difíciles de borrar de la supersticiosa comunión de los campesinos como el cumpleaños de una oveja con lana roja, el extravío y el hallazgo de una muchacha con ‘dos milagrosos pares de gemelos.’ Tres meses de abstinencia sexual por haber sentido un temblor, otros tres si la luna brilla donde la muchacha se extravió, una vida de celibato si después de esto se te descubre vistiendo a la virgen. Y en fin.

‘Regresa temprano a casa no quiero piensen nunca abandonaste el castillo.’

‘Enfermo.’

Miro a las pinturas en el muro luego a mi insinuando que yo aún tenía algo que hacer, y pensé en su realística celosa mirada con la burla grabada a sus ojos.

Secretamente me halle trabajando por obtener una fiel copia de aquella pintura cuando el toque de unos altos tacones llamo mi atención; veloz cubrí la pintura y mire quien pudo ser el visitante. Mirian regresaba en compañía de una mujer de serio semblante, dueña de su lisa negra cabellera apenas ondulada bajo su blanco cuello, con tal fino fulgor sus hebras creí sus pestañas

nacieron de la misma fuente oscureciendo sus pardos ojos miel, estos más grandes de lo normal evidencian un amplio sentido de observación, pero en ese momento su mirada era más introspectiva que presta a capturar la realidad exterior. Alta y de rellenos brazos y caderas, los primeros brotes de una edad madura, diría en plenitud; distraída del lugar y su compañía no me saludo hasta estar cerca.

‘Señor...’ vanamente intento recordar mi nombre. ‘Esperamos este disfrutando su estadía.’

No lucia falsa o excesivamente vanidosa, aunque recelosa y mi persona allí le parecía una nueva antigua rareza.

‘Es bueno verte en persona,’ dije modestamente estrechando su mano; ‘ya sabe no es común tener visitantes por aquí,’ y seguí pensando, ‘de tan rara belleza.’

Mirando furtivamente la cicatriz de su frente en forma de media luna, la señora Leplaine me devolvió el cumplido con una sonrisa posando su faz en Mirian. Que débil aferra mi mano. Sé que una mujer empieza por medir el valer de un hombre desde el primer confidente saludo y nada como una mujer por dejar la primera impresión.

‘Nunca cambian estos contornos,’ camina hacia un lado del salón viendo a través del ventanal a la pradera, su voz clara, y raramente entristecida. ‘Los mismos atardeceres por llegar. Vera usted, me parece a mí cada crepúsculo en CastleRock fue pintado en el ancho lienzo del cielo; de no ser por los pueblerinos forjando historias por estos lares nada nos demostraría el paso de las horas, ¿no lo cree así?’ Librementes sin cuidarse de haber sido malinterpretada. ‘Joven, puedo contar los años sin decirme nada; solo un inolvidable episodio en mi mente cobra significado.’ Mirando la puesta del sol perdido en el horizonte. ‘El tiempo pertenece a los acontecimientos de una vida; ja, todo el mundo lo sabe, pero es afecto quitarse años cual si en la misma forma pudiese alejar el arribo a la tumba.’

El criticismo a su persona dibuja la gravedad de sus años, al parecer mayor que Mirian la extensa comunión con sus eclécticos estudios es mórbida a su consciente edad cuando la edad se hace una intrusa solitaria. Ambas mujeres

siendo muy semejantes, la una supera en muchos aspectos a su compañera, pero indudablemente la nueva visita es menos fresca.

‘No sé si escuchar sus acontecimientos o tan solo pintarla, justo allí a contra luz.’ – le dije.

Vestida de negro es una sombra corpórea resistiendo la decaída luz aclarada entre los cristales – la luz también se puede falsear – ondea perpendicularidades que un hábil ojo solamente percibe, pequeñísimas chispas de su negra cabellera vistas y no vistas a la vez. Tenía su brazo uncido a la cintura y la sombreada faz sonrió en sus ojos interesada en una vieja broma. ¿Dónde voló su melancolía?

‘¿Piensa quedarse por largo espacio?’ Camina hacía un lado del salón cerca de las rojas cortinas con su cabeza inclinada observando el piso. ‘¿Verdad?’

‘Tanto como mi temperamento resista este nuevo sitio.’

‘Habla como un hombre de largos caminos y por mucho tiempo,’ casi en la misma pose se dirigió a mí, ‘debe conocer algo del mundo.’

‘Ya sabe; vida de artistas.’

Confidente en su oculta filosofía, yo en mi vocación.

‘Ser un poco sociable no robará su don.’

De nuevo su voz, aunque dirigida a mi tuve la extraña sensación de ser anunciada para alguien más en el salón.

‘¿Es familiar de largos viajes? Tal vez comparta mi lado aventurero.’

‘Ya ve que por mi acento y tipo no pertenezco a esta gente; no los desprecio, tan solo no pertenezco a ellos.’

Miro a Mirian distraída en arreglar la esquina de la alfombra propiamente, se encogió de hombros sin alzar la cabeza sintiendo la mirada de la señora Leplaine, en verdad no ofendida por sus palabras. Y yo me preguntaba si nuestra doncella omitiría nuevamente decir algo sobre las manchas de carbón en la alfombra.

‘Pertenece a cualquier lugar en el mundo; algunas veces conquistamos o fracasamos, eso es todo.’

Hable para las dos.

Ella se recostó en el próximo sofá dejando caer su gruesa cabellera en su rostro y casi susurro ausente.

‘¿Eso es todo?’ Se levanta abruptamente impulsada por una idea, por sacudirse de un estado de morosa meditación; una mujer que vuelve a explorar lejanos caminos, algunas veces es la mujer cansada de malgastar placeres observando los minutos con lúdica expectación. Camino hacía mi sosteniendo sus hombros y cabeza ennoblecidos, sin esfuerzo alguno bajo las escaleras al hundido nivel del suelo e intento disimular un pequeño tropiezo en el último peldaño. ‘Le diré esto,’ mientras sentí la presencia de Mirian al volver con una bandeja y pocillos de té para nosotros, ‘si no se desespera por las próximas semanas de estadía en Castlerock le daré el mejor retrato que esta villa nunca antes haya visto.’

Hablo casi respirando en mi rostro y creo sufría de una enfermedad en sus elocuentes ojos, no por una falta de lustre en ellos sino por la forma que hace aprehensión de las personas cercanamente, acostumbrándose a este defecto tienden a no importarle un mundo borroso desfilando a su paso. Una persona con discapacidad visual irremisiblemente distorsiona su pensamiento en la medida se altera la percepción de su mundo exterior.

‘El té está listo.’

Anunció la joven pueblerina desde la parte superior del salón.

‘Ven, tráenoslo; odio subir montañas a pie.’

Siguió observándome con cierta expectación, delineaba mi rostro debidamente. La doncella intento sonreír y olvidando haber sido descortés nos ofreció el té. Bebíamos y le volví la mirada a la Señora Leplaine imaginando la clase de hombre que tendría a su lado, pues nunca lo menciono, a que se refería con ‘no desesperarme en Castlerosck.’ Hasta ahora, justo en el instante que sonrió para mi a contra luz no tuve dudas ser ella quien me había ofrecido las invitaciones a través de sus cartas y por sus líneas pude esbozar una señora acorde a su edad con un exquisito gusto por el arte pictórico, aunque estando cara a cara lucia para mi diferente, así es; ella fue quien me envió las cartas con un lenguaje técnico, una implícita clarividencia en las oportunidades de tener un rentable pago acorde con las oportunidades de este lugar concediendo más aplausos que la temida crítica, claro; con la infaltable fascinación de los solitarios deseosos de gloria, sin embargo, con posible opuestas intenciones enmarco estas oportunidades sin hacerlas

evidentes, y ahora el único artístico medio que personalmente escuche de ella era: ‘El mejor retrato que esta villa nunca antes haya visto.’ ¿La habrá decepcionado mi apariencia? No; bien sabía la valía del pintor a quien invitaba y ahora le pagaba con el precio de lo que para sus ojos amerita su trabajo.

En cuanto a su ofrecimiento solo pudo estar hablando de uno en particular y no necesité mirar al marco cubierto para confirmar sus palabras. Liz estaba presente en nuestros diálogos epistolares también, pero palabras y pinceladas no encajan algunas veces; comencé por sentirme incomodo degustando el té; queme mi lengua y con la excusa de beber incline la cabeza por un momento. No solo es arte lo que ella descubrió en aquella mirada fija a mis ojos, mis deseos y habilidades reconociendo el alma del pintor; si no hubiese dejado volar mi imaginación en aquel retrato me habría abandonado como se deja a un inoportuno cliente fastidioso por el falso valor que le acredita a una pintura sin historia, a una modelo sin alma.

‘Hmm, señora, no tiene precio como usted lo había dicho.’

Me miro con la certeza que tenía de sí misma mientras me escribía.

‘Lo sé.’

Ahogadas pasos provenían de recepción del salón con un toque más sonoro al anterior, la señora Leplaine erigió su torso al escuchar esas irregulares pisadas y miro hacia su procedencia, pronto vi la figura de un hombre de corta estatura caminar hacia nosotros de prisa e inclinado al lado derecho de su cuerpo a cada paso.

El señor Leplaine avanzaba con su usual cojera, adelanta su lastimada pierna un escalón ante de apoyarse con la otra detrás, no era un defecto que le sentara bien, hay hombres que perdida una pierna en la guerra conservan en su desventaja el carácter que los llevo a arrojarse al enemigo sin titubeos, en cambio nuestro anfitrión, por momentos parecía el melindroso dueño de un circo a punto de anunciar la función. No fue una muy saludable vista al mismo tiempo que saludaba a Mirian con un mover de cabeza, hacía dudar si lograría descender las escalones o caería sobre nosotros; fofu vientre y hondas arrugas al lado de su rostro sonriente, estrechaba su brazo antes de alcanzar el mío como si yo fuese dignamente esperado.

‘Mirian me contó que ha estado sacando ventaja del castillo.’

‘No tanto como quisiera, cuando yo necesito un colega en el uso de pinceles, parece poco favorable para ella traerlo aquí.’

‘Ah, usted verá,’ con una despectiva mirada hacía la mucama. Su esposa aceptaba su presencia con cierto distanciamiento, la distancia de una pareja que la obliga su papel en la sociedad, y tan común como tedioso es verse todos los días; ‘aquí vive mucha gente quien en su ignorancia permite conducir sus ideas por los chismes y raros cuentos tejidos en estos apartados lugares del mundo civilizado; llenos de historia como Castlerock. Dicen que un pintor morador del castillo solía hablar solo.’ En este punto Mirian sonrió, el señor Leplaine no pudo evitar ver a su esposa. ‘Curioso personaje aseguraba haber convivido con las personas puestas en el muro, y el día que termino de pintar su bella modelo y mejor obra enloqueció. Algunos dicen salto de la torre al pozo donde yace enterrado su cadáver, otros que se suicidó en el laberinto de las bóvedas, que se vio al espejo y se echó a reír hasta morir, ja, ja, ja... Como sea; desapareció no dejando huella. ¿En verdad sabe que paso con ese pintor? Un genio de ese talante no tiene en donde escudarse, amarrar espejismos como su hambre o reclusión, el podrido pasado carcomía sus entrañas y huir de aquí sin dejar un centavo de su estadía fue lo más verosímil en su locura. ¿No lo cree usted?’

‘No hay loco lo suficientemente loco que no evite pagar sus deudas.’

Mirian con su legado regional.

‘Ni doncella que no se pierda nueve meses antes de volver.’

Le refuto el deforme caminar del hombre tratando de tornarse a un lado de ella, luego se echó a reír con más desprecio que espontaneidad. Su pálido y gris atuendo se debería confundir con su rechoncha figura en la niebla del pantano; corto de estatura, de ideas elevadas cuando reía de tener una botella de vino en la mano recordar a Sancho Panza en la corte del rey hasta asomar lágrimas sus ojos presenciando la muerte de su amo al recuperar la razón.

‘¿Porque no tomo los lienzos?’ Interrumpí su mitigada risa. ‘¿Debió llevarse consigo su tesoro?’

‘Es cierto,’ interpela la doncella como si la existencia de un fantasma se pudiera concretar. ‘Al comienzo solo parecía estarse la jornada de invierno, sin embargo, varios años vivió aquí, un preso de si mismo; en verdad nadie sabe cómo puede un hombre odiar tanto a sus hermanos.’

Tímidamente observo a la señora Leplaine. Esta sorbía delicadamente su bebida y lanzaba luminosas sonrisas notando mi curiosidad.

Le dije a Mirian directamente.

‘¿Lo conoció?’

Un ‘no’ bajando dubitativamente su cabeza es su llana respuesta.

‘Pero yo le conocí.’ La señora Leplaine. ‘Es una pena no haber tenido la oportunidad de disfrutar el laurel de su trabajo,’ Conteniendo sonreír. ‘En la cabeza de quien se lo ofrecía. Quiero decir, ¿quien es propicio de homenajear a un artista sin modelos a seguir?’

‘¿Extravagante como su esposo cita?’ Pregunte no interesado descubrir una manera de ser sino porque recordarlo zahería al señor Leplaine, su ardorosa risa chillaba en mis oídos. ‘O jamás se le conoció como Mirian lo recuerda.’

‘Mucho más y tal vez su grandeza se debe a ello.’ La señora Leplaine con mofa giro su cabeza a un lado al comentario referido. ‘Increparé propiamente a Manolo por hacer cambios en su trabajo sin permiso. La patina empolvándolos no sería tan doloroso como verlos estropeados por manos primitivas.’ Miro con cercana expectativa a Mirian y en el fondo de su pensamiento esa mujer radiante de confianza devela una duda. Aquella cicatriz enarbolando su ceja izquierda palpita mientras nos observa, degustando la bebida como mujer inglesa quien hace nada llevadero sino esta en consorcio con la hora me insinuó el dote de su personalidad ocultando cualquier indiscreción. Añadió en el mismo tono. ‘Espero que nuestro pintor no nos abandone por descabelladas historias.’

‘Las historias, historias son.’

La señora Leplaine puso su taza en el suelo, su colaboradora sabía que hacer y lo recogió, y el mío de mi mano despreocupada si lo había terminado o no; no necesita hablar para mostrar su cultura. El señor Leplaine como buen Frances con sentido del arte revolucionario tomo el brazo de su esposa, esta

con firmeza y cortesía me miro sin decir palabra, juzgando lo que podría esperar de mí no altero su semblante.

‘Que mis lágrimas no pesen en tu culpa.’

‘¿Perdón?’

La interrumpió su esposo.

‘Nada.’ Y un ligero trazo de la sonrisa esclarecedora, al final me extendió su mano. ‘La locura es el fusilar del artista.’

‘Pronto señora Leplaine, no quiero ser sorprendida por la noche en este lugar.’ Añadió Mirian en caso sus temores fueran relevantes sobre la voluntad de sus señores. La señora Leplain tal vez por extender esos infantiles temores volvió a estrecharme la mano, argumento en favor del lugar, las comodidades como en sus cartas adorna, agradeciendo de antemano capturar un bello trabajo en mi nombre y del lugar que me valió su inspiración; en total, parecía una de sus diplomáticas despedidas con la pluma; solo que ahora frente a frente había un poco de barniz en sus sentencias.

Se marcharon con sus pasos perdiéndose en los hundidos corredores camino a la explanada, estuve allí en la altura enmarcando su presencia con mi memoria, en la distancia las ramas de los arboles sin ropaje oculta su despedida.

El rostro del señor dueño del circo gravita en frente de mis ojos con peculiar simpatía; no tenía dudas su alegre disposición o atenuante de sus mezuquinos defectos se debían gracias a su ‘Tesoro.’ La tacita condescendencia de aquella mujer intensifica su ser bajo un foco de luz, más que amor en si, autoestima aviva cada casual palabra o mirada suya. Y su enamorado mistifica la misma realidad. ¿Que habría sido de el sin ella? Otro hombre que se quitaría la vida por simple y pura monotonía, tan obtuso de mente como creativos son los sueños de un ciego cuya imaginación sueña hasta el día que perdió la vista.

Regrese al octogonal salón presintiendo la tarde caer, preguntándome que pudo tener en mente aquel prodigioso pintor divagando los mismo lugares y horas que estoy rondando. Distante del mundo vivió antes de perder noción de la realidad por la realidad de sus pensamientos. ¿Donde aprendió el estudio de la forma y el color para acariciar semblanzas de seda y dibujar sin que la ilusión trascienda una ‘aspra definitione?’ ¿No hay escuelas para esto? Y no